LITERATURA INDIGENA MEXICANA

1924

ANTIGUA

LITERATURA INDIGENA MEXICANA

ESTUDIO Y ARREGLO

DE

LUIS CASTILLO LEDON

PORTADA DE ANTONIO CORTES

MEXICO

CULTURA TOMO V NUM. 4.

1917

FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

1924

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

Septiembre 30 de 1917

«IMPRENTA VICTORIA»—4ª CALLE DE VICTORIA 92

LA ANTIGUA LITERATURA INDÍGENA MEXICANA.

Un detenido estudio de la antigua historia de México, hecho no en autores de segunda mano, sino en las fuentes originales, nos lleva al convencimiento claro, absoluto, de que nuestra primitiva civilización fué una civilización ruda, si se quiere, pero completa, puesto que abarcaba todo el organismo social, y que sin el advenimiento de la inevitable Conquista (a la que hay que reconocer que nos trajo una civilización superior), pudo muy bien haber subsistido hasta nuestros días y estar evolucionando ahora como cualquier otra civilización exótica (la japonesa, por ejemplo), con lo que seríamos un pueblo homogéneo, de caracteres propios, inconfundible y, lo que es mejor, con verdadero sentimiento de la nacionalidad.

El antiguo pueblo mexicano, que levantó ciudades y pirámides tan grandiosas como las de

Egipto; que midió el tiempo y observó los astros con más sabiduría que los caldeos; que tuvo reyes que fueron notables legisladores, y héroes como los de Homero; que profesaba una religión en gran parte llena de poesía, y se expresaba en una lengua armoniosa, de perfección comparable a la del griego; que en sus postrimerías iba unificándose gracias al genio dominador de Moctezuma II, a quien hay que considerar no como generalmente se le juzga, sino como uno de los más grandes reyes aztecas, y tal vez como el más grande; ese pueblo cultivó las artes antes que Europa y poseyó una literatura de la que desgraciadamente pocos documentos han llegado hasta nosotros.

Tenían los mexicanos archivos y bibliotecas en toda forma. La mayor parte de éstas hallábase en Texcoco; en Tenoxtitlán las había en menor número, pero corrieron todas durante la Conquista igual suerte que las antiguas de Jerusalén, China, Bizancio y Alejandría: también fueron destruidas por manos vandálicas; pues al entrar los tlaxcaltecas aliados a los conquistadores, dieron fin a las colecciones de manuscritos existentes en ambas ciudades mexicanas.

Excepto los mayas, que tuvieron una escritura la cual hasta hoy no ha sido posible descifrar, nuestros remotos predecesores no conocieron otra que la jeroglífica. Ignórase si ésta sólo les servía para apuntar su historia, como puede com-

probarse en los raros códices (la mayor parte, postcortesianos) que quedan, toda vez que el conjunto de doctrinas, creencias y cantos que conocemos, nos han sido legados por los primeros historiadores, quienes los recogieron directamente de los depositarios de tradiciones remotísimas que se habían trasmitido de generación en generación.

El examen de ese valioso legado, sugiere una alta idea del desarrollo intelectual, moral, político y artístico de aquel pueblo. «El lenguaje de sus discursos y oraciones, de sus himnos religiosos, de las pláticas educativas de sus hijos y los cantares elegíacos en que asoma un sedimento de amargo pesimismo; ese lenguaje,—dice don José María Vigil en su trunca *Historia de la Literatura Mexicana*—abunda en imágenes atrevidas que llegan a veces a lo terrible, en giros de la extraña elocuencia que caracteriza las oraciones de pueblos acostumbrados a vivir en comunión íntima con una naturaleza de exuberancia monstruosa, como la naturaleza de la India y la de México»..

De carácter esencialmente religioso y guerrero, los mexicanos eran en general disciplinados y de moralización casi perfecta; enemigos del embuste y la embriaguez, destruían las casas a los que tomaban licores con exceso, queriendo demostrar con eso que los creían indignos de vivir en sociedad; tenían en grande esti-

1924

ma el matrimonio y les era prohibida la poligamía, aunque los reyes y grandes señores se rodeaban de muchas esposas; educaban a sus hijos con esmero y los acostumbraban al trabajo; eran, según expresiones del propio Hernán Cortés, «un primor en su servicio y vestido»; había en sus usos y trato «la manera casi de vivir que España, y con tanto concierto y orden como allá», que en gente «tan apartada del conocimiento de Dios y la comunicación de otras naciones de razón,—agregaba—es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas». Humanitarios, inteligentes y laboriosos, en suma, no obstante que practicaban los sacrificios humanos a igual de los fenicios, los egipcios, los árabes, los cartagineses, los persas, los griegos, los romanos, y casi todos los pueblos de la antigüedad, natural era que tuviesen el sentido de la belleza y que cultivaran las artes, sin faltar la literatura.

La poesía, el canto, la música y la danza, frecuentemente combinados, ocupaban lugar indispensable en las ceremonias de los templos y en las mansiones de los magnates. Los poetas eran en extremo estimados; clasificábanse sus cantos por su asunto, por el objeto a que eran dedicados o por el pueblo en que se habían compuesto: cantos de la primavera, de las flores, de los nobles, de Chalco, de Anáhuac, etc.; se conocían himnos, prédicas y oraciones.

El legado de modelos de aquella literatura,

que los historiadores nos transmitieron, ni es lo extraordinariamente abundante que debiera ser, ni es tampoco tan exiguo como pudiera creerse; hay para formar un regular volumen, y nada menos el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, prepara una compilación que habrá de publicar en breve y que será una sorpresa, tanto por la variedad, como por la belleza de las composiciones.

Tiénense como los más antiguos documentos conocidos de la poesía precortesiana, los himnos con que los mexicanos celebraban a sus dioses y que insertó el P. Sahagún en su historia redactada en lengua náhuatl; parecen seguirles en antigüedad, los discursos, oraciones, pláticas educativas y cantares elegíacos que el propio Sahagún y otros historiadores coleccionaron, así como los cantos de Netzahualcóyotl, rey de Texcoco.

Los cantares elegíacos, conocidos más bien bajo el título de *Cantares de los mexicanos*, que es el que lleva el famoso manuscrito existente en la Biblioteca Nacional, son sin duda los documentos más interesantes y los que en su mayor número se conservan inéditos, toda vez que el original está en lengua náhuatl, y que el arqueólogo norteamericano Mr. Daniel G. Brinton es el único que ha publicado directamente traducidos al inglés, junto con algunas otras composiciones indígenas, veintisiete, de los sesenta y dos

1924

que son esos cantares, bajo el título de *Ancient nahuatl poetry, containing the nahuatl test of XXVII ancient Mexican poems with a translation, introduction, notes and vocabulary*, en un volumen impreso en Filadelfia, en 1887. De esta edición tradujo don José María Vigil tres cantares al castellano, que son los únicos que se conocen; y hasta ahora, comisionado por la Dirección del Museo de Arqueología, Historia y Etnología (actualmente a mi cargo) y con anuencia de la Dirección General de las Bellas Artes, el señor profesor de idioma mexicano don Mariano J. Rojas, se ocupa en traducir todo el manuscrito para la publicación de un grueso volumen de modelos de antigua literatura indígena, que el mencionado Museo hará dentro de poco, con sus debidos estudios, anotaciones y comentarios. Tal publicación será sin duda importantísima para la historia de nuestra literatura.

Respecto a la autenticidad de todos los documentos literarios a que nos venimos refiriendo, no caben las más ligeras dudas. A cualquiera le ocurre preguntar ¿quiénes son los autores de ellos? ¿cuál es su procedencia? ¿en qué tiempos fueron escritos? Pero tales preguntas están ya contestadas con amplitud por sabios investigadores.

Fueron compuestos en diversas épocas, algunas muy remotas, por diferentes autores que se olvidaron o se callaron por descuido (excepto

Netzahualcóyotl), y los recogió la mano diligente de los primeros frailes misioneros que comenzaron a escribir las lenguas indígenas. Mr. Brinton, por ejemplo, opina resueltamente «que fueron compuestos antes de la Conquista, y escritos poco después que se redujo la lengua náhuatl al alfabeto español». Y añade: «La decisión final sobre la edad de los poemas debe venir de un cuidadoso examen de las pruebas internas, especialmente en cuanto a los pensamientos que contienen y al lenguaje en que se expresan. Al aplicar este criterio, hay que recordar que un canto puede ser casi enteramente antiguo, es decir, compuesto antes de la Conquista, y mostrar sin embargo, algunas alusiones introducidas posteriormente por la persona que las conservó en la escritura, con objeto de quitarles todo sabor de gentilismo». A lo que Vigil agrega: «Este es, en mi concepto, el método más seguro de investigación en tales materias. Las pruebas intrínsecas que del examen de un documento se desprenden, cuando han sido discutidas con la ciencia necesaria, llevan a conclusiones que alejan del escepticismo histórico, tan peligroso al menos, como la excesiva credulidad».

La belleza de fondo y forma de las composiciones, pudiera ser el mayor punto de dudas, puesto que en un principio se juzgaba, y aun hoy algunos iletrados siguen juzgando, que los antiguos pobladores de México vivían en estado de

1924

barbarie; mas el P. Sahagún hace en el prólogo del libro IV de su valiosísima obra esta declaración decisiva: «En este libro se verá muy a buena luz, que lo que algunos émulos han opinado, que todo lo escrito en estos libros antes de éste y después de éste, son ficciones y mentiras, hablan como apasionados y mentirosos, porque lo que en este volumen está escrito, no cabe en entendimiento de hombre humano el fingirlo, ni hombre viviente pudiera contradecir el lenguaje en que él está; de modo que si todos los indios entendidos fueran preguntados, afirmarían que este lenguaje es propio de sus antepasados y obras que ellos hacían».

CULTURA, cuya excelente obra de divulgación literaria ha merecido tantos elogios, quiere, entre los volúmenes consagrados a las letras nacionales, dedicar éste a la antigua literatura indígena mexicana, ofreciendo un ligero estudio y una pequeña selección de los modelos representativos de ella. Van, pues, en él, tres de los himnos a los dioses; varios de los cantares mexicanos, la mayor parte de ellos desconocidos y traducidos ya directamente del náhuatl por el profesor Rojas; dos oraciones y dos de los cuatro únicos cantos de Netzahualcóyotl, que se conocen.

Principal distinción característica de todas las concepciones poéticas indígenas, es la obscuridad, como puede comprobarse por los presentes modelos. Los himnos a los dioses, especialmente, ofrecen tan serias dificultades para su inteligencia, que el mismo Sahagún, que los tomó, los juzga artificio del demonio, sin considerar tal vez que en lo extraño de su forma y las obscuridades de lenguaje está todo el espíritu de la religión que los inspiró. En el himno a Huitzilopochtli, se pinta al dios de la guerra con los rasgos terribles con que lo concebía aquel pueblo guerrero por excelencia; Tláloc, el dios de las lluvias, aparece, por el contrario, benéfico, derramando la dicha sobre los campos; el himno a la Madre de los dioses, la Teoinan, es un canto de triunfo a la generadora de todo medio de vida.

La falta de claridad en los cantares elegíacos, Brinton la atribuye a las siguientes causas: primera: la extremada frecuencia y riqueza de las metáforas; segunda: la composición de las palabras que se hace en una extensión mucho mayor que en la prosa ordinaria; tercera: el exceso de palabras y formas gramaticales desconocidas en el lenguaje vulgar, y que pueden ser arcaicas o construidas caprichosamente por el poeta; cuarta: el alargamiento desordenado de las vocales, sea por énfasis o por exigencia del metro; quinta: las interjecciones sin sentido que se insertan para el efecto métrico, mientras que otras se prodigan y repiten con el fin de expresar emoción; sexta y última: la frecuencia de la figura llamada reticencia, en que el concepto queda incompleto a causa de un movimiento pasional, lo cual con-

1924

tribuye a la obscuridad de la frase.

El mencionado americanista hace del primer cantar, del *Cuicapeuhcayotl*, esta delicada interpretación: «El canto es una alegoría que retrata la vida del poeta. Por las flores que supone buscar, debe entenderse los cantos que desea componer. Pregúntase asimismo dónde hay que buscar la inspiración poética, y la respuesta es la misma dada por Wordsworth, que es en las grandes y bellas escenas de la naturaleza a donde el poeta debe dirigirse para elevar su espíritu a las más encumbradas alturas del arte. Pero esta exaltación trae consigo la honda pena de hacer perder su encanto a las alegrías ordinarias. Como en los cuentos de la Edad Media, el que una vez era admitido en el país de las hadas, no volvía a sentir el deseo de volver de allí, así el poeta aspira a otras condiciones de existencia, donde el espíritu divino del canto le eleve para siempre sobre las pruebas y mezquinidades de la vida terrenal.» No sólo como cree el intérprete no hay signo alguno de influencia cristiana en este poema, sino que, cosa que sorprende, su sabor, como el de la mayor parte de los cantares, es marcadamente pagano, griego.

En las oraciones, como en ningún otro género, vemos el profundo espíritu religioso del pueblo mexicano. En la oración a Texcatipocla se mezcla, con rudeza, la sed de sangre con el fanatismo sombrío; en la que se hacía por el soberano recién elegido, se ve que se consideraba a éste como intérprete de los dioses, como ejecutor del derecho divino.

Entre toda esa anónima labor literaria, el único nombre, aureolado por cierto de un gran prestigio, que nos llega, es el de Netzahualcóyotl, séptimo rey de Texcoco, autor según se dice de sesenta cantos, pero de los cuales sólo cuatro se conocen. De los dos que aquí se presentan, el primero se halla traducido en la *Historia Chichimeca* de Ixtlilxóchitl, y se asegura que fué cantado en el banquete que dió el monarca con motivo de la inauguración de su palacio, y el segundo, que aparece vertido al otomí en las *Tardes Americanas* de Granados y Gálvez, ofrece un sugestivo y pavoroso cuadro de la vanidad de las grandezas humanas, frágiles y perecederas, destilando el espantoso realismo que inspira la honda idea de la muerte, si bien unida a la aspiración de una inmortalidad suprasensible.

¡Aún viven los descendientes de aquella raza, aún oímos su lengua, aún sentimos su espíritu, y mejor tal vez que en sus vastas ruinas arqueológicas, que en sus mitológicas deidades, que en sus obras de raro artificio, estos poemas nos hacen la revelación de la misteriosa alma de Anáhuac!

LUIS CASTILLO LEDÓN.

1924